

---

# CRISIS DE LA CEE Y ALTERNATIVAS

## Altiero Spinelli

---



# 10

**Quisiera centrar esta intervención en las responsabilidades de la izquierda, pasadas, presentes y futuras, acerca del problema europeo, pues, al cabo, estamos en una convención de gente de izquierdas y vale la pena dedicar algunas reflexiones al asunto.**

Entiendo por izquierda el lugar, esa categoría de lugar político, geométrico-político, en la que están las personas, los grupos políticos y grupos sociales que entienden que hay defectos en el mundo existente, que es necesario cambiar algunas cosas, con mayor o menor profundidad. Frente a éstos están los conservadores, quienes seguramente tienen el mismo convencimien-

to de que el mundo no marcha demasiado bien, pero no desean cambiarlo porque tienen privilegios, porque temen que los cambios conduzcan a un mundo peor que el que existe.

La izquierda, pues, es el lugar donde prevalece la actitud de juzgar las cosas que existen, de pretender cambiarlas. Aho-

ra bien, la izquierda se ha encontrado frente a un gran problema muy diferente de aquellos a los que estaba acostumbrada durante la primera mitad del siglo; se ha topado con un gran problema tras el final de la guerra y no ha sabido verlo o lo ha visto mal, y está esforzándose ahora en intentar definirlo. El problema es el siguiente: el sistema europeo, que se basaba en el concierto de Estados nacionales soberanos (los cuales mantenían un cierto equilibrio en Europa y en el mundo si lograban marchar de acuerdo o se embarcaban en guerras si no lo lograban), y en torno al cual se había construido todo el orden europeo tras dos guerras mundiales —dos crisis de dicho sistema—, se había derrumbado completamente y nos habíamos encontrado finalmente con una Europa totalmente destruida a cuya reconstrucción se procedió a través de tres directrices diferentes. Dos de ellas han sido las construcciones imperiales americana y soviética. Digo «imperiales» y no imperialistas porque el término imperialista tiene un sentido especial que, en mi opinión, poco tiene que ver con el problema que nos ocupa. Una estructura imperial es una estructura en la que, por un conjunto de razones o de circunstancias, un país más fuerte que los demás asume la responsabilidad de tutelar una considerable parte de los intereses de los países dependientes, y a causa de ello va creando una cierta unidad entre esos diversos países. Naturalmente, ve dichos intereses sobre todo desde su punto de vista. La Unión Soviética y los Estados Unidos de América no se propusieron crear un imperio, les vino a las manos tanto a uno como a otro; debido a que la guerra terminó en un determinado momento se encontraron a lo largo de una línea divisoria, a un lado las tropas soviéticas, a otro las americanas, y se produjo la división de Europa, para desgracia de Alemania; y digo para desgracia porque si la frontera hubiese estado un poco más acá o un poco más allá todo hubiera sido diferente. Ambos siste-

---

**La URSS y EE.UU.  
no se propusieron crear un imperio,  
les vino a las manos  
tanto a uno  
como a otro.**

---

mas mantienen en conjunto este sistema de modo diferente. No podemos entrar a analizarlo aquí, pues nos llevaría demasiado tiempo, pero tengamos presente que

uno de los sistemas de reorganización de Europa, en sustitución del sistema de alianzas europeas, consistió en establecer que algunas grandes responsabilidades de conjunto serían asumidas no ya por uno, sino por dos imperios, los cuales se convertían inevitablemente en rivales y han desarrollado toda la rivalidad que ahora conocemos.

Una segunda línea de reconstrucción ha consistido en reconstruir los antiguos Estados nacionales, con cambios de fronteras en algunos casos, pero, salvo en el caso de Alemania en que la división imperial partía el país por la mitad, reconstruyendo Estados nacionales soberanos, es decir, reconstruyendo lo viejo, con una ilusión muy extendida de que se retornaba a instituir el viejo sistema efectivamente. La reconstrucción nacional nos reconciliaba en buena medida con los dominios imperiales porque resolvía y sabía hacer frente a muchos problemas, los problemas ante los que se encontraban los ciudadanos; pero lo cierto es que en cuanto al verdadero gran problema de la organización del poder a nivel ahora ya continental, a nivel europeo, no daba respuesta alguna y continúa sin darla. Y continúa sin darla porque —como ha recordado el propio Ingrao— problemas económicos, problemas instrumentales, el hecho en que se ha convertido la defensa de hoy, problemas culturales, problemas tecnológicos, problemas ecológicos, etc., hacen que el marco «Estadonación» sea hoy tan anacrónico como lo eran en el 400 las pequeñas repúblicas italianas. Sin embargo, la forma superficial, la que en mayor medida ocupa la atención de todos, incluidos los políticos, es la que se refiere a la vida nacional; y partidos que en el fondo hubieran debido decir «detengámonos en el nivel de la nacionalización de nuestro espíritu», han dicho alegremente «hagámonos nacionales al

cien por cien» en un momento en que era necesario intentar dejar de serlo.

Si no hubiese habido más que estas dos líneas directrices habría surgido una tensión entre el poder dominante que tiende a unir y los poderes nacionales que tienden a aminorar su presión: en el sistema oriental, donde sólo hay estas dos alternativas, vemos que las cosas ruedan con esa tensión. En el sistema occidental, en cambio, se ha dado la posibilidad de afrontar una tercera vía de solución (que había madurado antes de que se crease esta situación, pero que respondía a un problema que ya entonces también existía), consistente en decir «queremos reconstruir una Europa unida formada de europeos, hecha por europeos», es decir, no de estructura imperial sino de estructura federal, para hablar en términos más correctos, lo que significa adhesiones libres de países que deciden poner en común algunas cosas y respetar las estructuras nacionales, que deben seguir siendo de competencia nacional.

Esta situación se ha desarrollado en la Europa occidental y no en la oriental por la sencilla razón de que el imperio americano, al menos en Europa, es un imperio liberal, un imperio que permite ser verificado, que permite que se planteen alternativas; en América hay, y había aún más al principio, una mala conciencia muy acusada por las responsabilidades que habían venido a asumir, por lo que existía la posibilidad de dar esa batalla por una solución alternativa al sistema de dominio americano.

El problema europeo ha consistido, desde el comienzo, en una solución alternativa a la solución de la unidad bajo dominio americano. Veamos si no los primeros actos fundacionales; por ejemplo, en el proyecto que Monnet sometió a Schumann se decía: «Estad bien seguros de que es absolutamente necesaria la completa utilización de los recursos alemanes, y

si no la hacemos nosotros con criterios europeos la harán los americanos, porque los americanos darán garantías a todos los demás: mirad, devolvemos la plena producción al carbón y al acero alemanes, pero ya no habrá barones del Ruhr». Y cuando surgió el problema del ejército alemán, el proyecto de ejército europeo era la alternativa al proyecto americano, que consistía sencillamente en: «rehaced el ejército alemán y yo, América, seré el garante de que el ejército alemán no volverá a ser el de Guillermo II o el de Hitler»; y del mismo modo, cuando se creó el Mercado Común la idea de fondo era que se necesitaba crear una estructura que permitiese a los europeos proceder a una liberalización sin convertirse en apéndices del sistema americano. Era la propia fuerza de las cosas la que empujaba en ese sentido, pero muy otra fue la conciencia que muchos tuvieron de ello.

**El problema europeo ha consistido, desde el comienzo, en una solución alternativa a la solución de la unidad bajo dominio americano.**

La izquierda pasó junto a estos problemas tomándolos por otra cosa, juzgándolos erróneamente, y a causa de ello no hizo sentir su peso. Pues cuando uno pasa

ante un problema y no se percata de que el problema existe, son otros los que lo encaran y resuelven. Una de las cosas que estamos pagando es que justamente las fuerzas que debían estar más interesadas en reformar, en tener esa pizca de audacia de pensar en cosas alternativas, lo criticaban, o lo ignoraban, o lo combatían. La posibilidad decisiva de escapar juntos del dominio americano y del sistema de soberanías nacionales fue la creación del ejército europeo; en el curso de las negociaciones se hizo evidente que era necesario crear también la comunidad política europea. Pero ésta se vino abajo por una poco afortunada alianza de la izquierda y todas las fuerzas nacionalistas de derechas en Francia, y ya sabemos que en otros países sucedió inevitablemente que la parte de Europa que se construyó provino de las ideas más moderadas existentes. Monnet no carecía de imaginación para

comprender que había que ir más allá, pero en base a la experiencia que había acumulado durante la primera y segunda guerra mundial en la cúpula de las agencias internacionales de los aliados, pensó: «tomemos un interés concreto, el carbón y el acero, la energía nuclear...»; luego, aprovechando también impulsos de otros «establezcamos la liberalización aduanera» y así sucesivamente: como decíamos, construir Europa construyendo «intereses concretos». Pues nunca se alcanzaba a ver la vía de conjunto, pero que se veían bien las cosas particulares. En base a esto, en todo caso, se levantó la parte de Europa que existe.

En el curso de este proceso las fuerzas de izquierdas comenzaron a comprender que había que tenerlo en cuenta, que era necesario trabajar en ello, y progresivamente hemos ido llegando a un alineamiento a través del cual una buena parte de la izquierda (por ejemplo, la socialdemocracia alemana), que inicialmente estaba en contra, se muestra ahora favorable; tal ha ocurrido con el partido comunista y el partido socialista italiano y otros partidos de diversos países; los socialistas franceses, que estaban divididos, continúan estándolo.

La izquierda se halla actualmente dividida respecto al tema de la unidad europea: hay una parte de la izquierda que continúa diciendo que eso es capitalismo, que eso es servir a los americanos, que esa no es la lucha que debe emprenderse, sino otra, y continúa empeñada en lo que un periódico inglés denominó «falsas batallas contra una sociedad que ya no existe». Ahora bien, hay, sin embargo, fuerzas que han hecho sentir su peso, fuerzas de izquierda que se han comprometido, y el marco político es hoy bastante diferente. Que el Partido Socialdemócrata Alemán y el Partido Comunista Italiano, dos grandes formaciones de izquierda, estén comprometidos en la construcción europea es

**La posibilidad decisiva de escapar juntos del dominio americano y del sistema de soberanías nacionales fue la creación del ejército europeo.**

un hecho importante, constituye una fuerza que, bien aplicada, puede pesar, contribuir a que las cosas tomen un rumbo u otro.

No olvidemos que hay que contar con una gran fuerza, la fuerza central hoy de apoyo a la construcción europea, que es el conjunto de las fuerzas católicas. Ello obedece a una razón profunda. Las fuerzas católicas que, lentamente, fueron entrando en el marco democrático, lo hicieron con una actitud bastante acusada (en comparación con otros) de reserva hacia el espíritu nacionalista, tenían una reserva religiosa fundamental, según la cual la lealtad última se debe a la Iglesia, al Papa, y no al propio Estado nacional; tanto es así que, en el fondo, los tres Estados más importantes —la Francia moderna, la Italia y Alemania unificada— habían sido erigidos en contra de los católicos. Los cuales no miraban con excesivo amor, tradicional, visceral, hacia esos Estados, y habían permanecido un poco en la retaguardia de todo el proceso de nacionalización de los espíritus, mucho más que la familia socialista, que era inicialmente internacionalista pero se dejó nacionalizar profundamente. Así pues, en un momento en que el problema de la unidad europea ha pasado a primer plano, un momento en que podemos decir que «la historia ha cambiado de rumbo y no se camina hacia el reforzamiento de los Estados nacionales, sino hacia su superación», han pasado de la retaguardia a la vanguardia en este tema, y todo cuanto se ha hecho ha sido prácticamente con su apoyo. Sin embargo, las fuerzas católicas políticamente organizadas son variopintas, y van desde una extrema derecha hasta una extrema izquierda bastante fuerte, pero en conjunto son fuerzas moderadas, son fuerzas que tienden precisamente a

cambiar las cosas lo menos posible, a mantenerlas, a administrar lo que está dado: no son, al menos en Europa, el núcleo de los esfuerzos de reforma de la humanidad.

En tales circunstancias es natural que lo que se ha hecho se haya hecho mal, y hoy nos encontramos frente a tal contradicción. Disponemos de un conjunto de

**Construir Europa significa un equilibrio entre la liberación y planificación distinto al que existía y existe.**

estructuras que son insuficientes para hacer frente a una creciente masa de problemas, problemas que tienen una dimensión europea, y a modo de instrumentos tenemos sólo estos «mecanismos» de la Comunidad: un Parlamento que carece de poderes, una Comisión que debería ser el Gobierno pero no lo es, un Consejo de Ministros que es a la vez omnipotente e impotente. Y en tal ambiente y tales circunstancias el primer Parlamento electo (porque había sido elegido y nadie tenía allí derecho a decir «yo represento a mi país», sino que había que decir «he sido mandado por mis ciudadanos para esforzarme junto a los demás en determinar cuáles son los grandes problemas europeos»), fue capaz de llegar, a través de un largo y profundo debate, a lo que se llamó «proyecto Spinelli» y no era sino el proyecto de Parlamento Europeo. Es el punto sobre el que se ha podido establecer un consenso político de los europeos medios —porque el Parlamento Europeo está formado por políticos europeos medios de cada país— en torno a una profunda reforma de las estructuras. No era un parlamento de revolucionarios, no había en él Mirabeaus, no había en él Crowells (por desgracia, yo hubiera querido verlos, pero no había). En suma, este parlamento de hombres medios fue capaz de tener una visión clara de lo que debía hacerse; Mitterrand, desde su observatorio, comprendió que había que marchar en esa dirección, hizo salir la iniciativa fuera del parlamento y con ella todo ese complejo proceso negociador por el que a finales de junio (es decir, en el Consejo Europeo de Milán) deberá decidirse si se quiere dar una respuesta seria al proyecto de P.F.

Si se reflexiona bien, estas cosas no son sólo características de la izquierda, sino de las fuerzas que quieren construir una

nueva Europa: las encontramos en la izquierda, las encontramos en la derecha, y no encontramos en ellas ni a toda la izquierda ni a toda la derecha. Debemos

tener presente que es éste el tipo de batalla política y de lucha de alineaciones políticas que hemos de hacer. Recordad cuando, durante la resistencia, era necesario acabar con el fascismo y construir la democracia; naturalmente, toda la izquierda pensaba «queremos construir la democracia para luego realizar tales y tales reformas»; los moderados pensaban de modo algo diferente, pero se mostraban fundamentalmente de acuerdo: «hemos de poner en pie las estructuras democráticas». Pues bien, hoy, «mutatis mutandis», se da el mismo problema, problema que es a su vez la premisa para poder dar la gran batalla. Gran batalla a la que, en mi opinión, debemos adherirnos, si bien veo que se va imponiendo este estado de ánimo. Si, en este nuevo terreno, sabemos formar visiones de conjunto, será mucho más fácil desarrollar esa renovación de las ideas, del capital político de los partidos de izquierdas. Porque construir Europa significa un equilibrio entre la liberalización y la planificación distinto al que existía y existe, y si no estamos atentos a ello nos encontramos con que a nivel europeo sólo contará una postura liberal del tipo «queremos un mercado cada vez más abierto, etcétera». Pero si se dice: el mercado debe existir para que estos pueblos vivan juntos en solidaridad, para que las economías sean convergentes, para que haya una armonización... entonces nuestros moderados comienzan a gritar «no», que el pobre siga siendo pobre y el rico rico; en suma: sí, pero aunque hagamos cosas comunes, no se trata de eso. Este es uno de los puntos en que se manifiesta el importante papel que puede tener y debería tener la izquierda en esta batalla.

Ahora bien, antes de nada hemos de decidir si creamos o no una estructura democrática europea que, aunque algo re-

forzada, siga siendo fundamentalmente como la actual, en la que pesa mucho la burocracia —la burocracia europea y las burocracias nacionales detrás de cada ministro— en la que todo lo que se hace en común se sustrae al control de los parlamentos nacionales, de los gobiernos nacionales, pero no pasa a un control democrático público, tendremos una enojosa Europa conservadora de la que nos sentiremos evidentemente extraños, y la culpa habrá sido nuestra. Pues bien, he de decir que en esta batalla el partido comunista, que había realizado un gran esfuerzo para llegar a esta posición, ha sabido conceder una cierta situación central a este problema en las elecciones europeas; los otros partidos, no. Los otros partidos de la izquierda no lo han hecho, y en muy poca medida los demás. ¿Por qué? Porque, afirmo, es mucho más fácil hablar de todo lo que puede hacerse que hablar de los instrumentos que se requieren para hacerlo.

El gran peligro que corremos en este momento, y quisiera que se prestara gran atención a esto, radica en que, aunque haya conciencia de que hay que dar un paso adelante, aunque se piense que otros países hacen también esfuerzos, se procede con demasiada prudencia, con demasiada lentitud, pensando que ciertas cosas basta con realizarlas a largo plazo. Pondré un ejemplo: Mitterrand, que tiene la responsabilidad central en todo este proceso, vino hace unos días a decir: «dentro de algunos meses habrá una sorpresa en materia de instituciones europeas». Nadie sabe qué sorpresa prepara, y por ello todos los partidarios de las posiciones europeas, los simples ciudadanos, las fuerzas políticas, no saben qué decir, no saben qué maldita cosa deben apoyar. Pero las fuerzas del *stablishment* del inmovilismo lo saben muy bien: hay que resistir, hay que conseguir que las cosas se hagan lo más lentamente posible, etc. He aquí ante lo que hemos de permanecer vigilantes. Ade-

más, quisiera decir al camarada Voigt que no se puede decir en este momento: «sí, ese proyecto va bien, aunque hay problemas, quizá vaya también bien el proyecto Dooge, veremos qué se hace, seguramente hay que seguir adelante». En mi opinión hay que hacer una formulación más rigurosa, hay que dar una batalla en estos meses; después, si se pierde, veremos cuál será la nueva, pero ésta hay que darla ahora, y darla para ganarla, no para perderla. Y ya se esté en el gobierno o en la oposición, ya se esté en Alemania o en Italia o en Francia, hay que reclamar: «queremos que en el mes de junio se tome la decisión de celebrar la Conferencia para el tratado de la unión europea». En segundo lugar debemos reclamar «esa Conferencia debe tener un orden del día concreto», y ese orden del día, en mi opinión, debe ser el proyecto de Parlamento. La Conferencia debe tomar el proyecto de Parlamento Europeo (que no es un proyecto de unas cuantas personas, no es el proyecto de un movimiento privado, es el proyecto del Parlamento Europeo elegido por ciudadanos europeos, que ha costado tres años de trabajos) y, respetando su espíritu y su método, debe ponerse a establecer —teniendo en cuenta también las recomendaciones del comité Dooge— qué puntos se quieren aceptar y cuáles no se quieren aceptar. Y, por último, debemos reclamar que el Parlamento sea asociado a la Conferencia: es decir, las propuestas que se hagan en la Conferencia deben ser nuevamente discutidas y aprobadas también por el Parlamento, y, por medio de los adecuados procedimientos de concertación, debe llegarse a un acuerdo entre Parlamento y Conferencia. ¿Por qué digo esto? Desde un punto de vista formal puede decirse: «este tratado es un acto jurídico internacional y, por lo tanto, debe ser negociado por los gobiernos que han de rati-

**Europa hay que construirla  
con el consenso  
de los ciudadanos  
y el consenso  
de los Estados.**

ficarlo»; desde un punto de vista sustancial, este tratado es la constitución de un cuerpo que ya existe, que tiene una asamblea representativa. Por eso es necesario

seguir ese doble sistema. Al hablar de este tema con cualquier jefe de gobierno, me han respondido siempre con típica reacción inmovilista: «¡Pero eso no se ha hecho nunca!». Y yo he respondido que tampoco Europa se ha hecho nunca. Si queremos hacerla, hemos de empezar a comprender que hay que construirla con el consenso de los ciudadanos y el consenso de los Estados, no simplemente con el consenso de las políticas diplomáticas que aconsejan los distintos gobiernos. Y haré aún una última observación: hay que afirmar «debemos comenzar aun cuando no estén todos». Y negar cuando oímos: «pero entonces destruyamos cuanto se ha hecho». No: esta Comunidad está ya en completa inmovilidad, no llega a hacer nada o casi nada. Si queremos volver a ponerla en movimiento, debe haber al menos un gru-

po que diga: «empecemos nosotros y pongamos a todos los demás ante su responsabilidad». Esto es algo, repito, para lo que hay que saber luchar y hablar con suma precisión. Como no es un conjunto de cosas que estén ya en la mente de todos y resulten evidentes, es muy fácil pasar a su lado sin reparar en ellas. Y, si llega a hacerse realidad, permitirá enfrentarse después a todos los problemas de que han hablado Ingrao y Voigt.

© *Democrazia e diritto*  
Traducción: José M.<sup>a</sup> Moreno

---

Intervención de Altiero Spinelli en el Seminario «Crisi della CEE, declino dell'Europa e ricerca di un nuovo europeismo. Analisi e prospettive della sinistra europea». Roma, marzo de 1985.